

V

ORACIÓN FÚNEBRE

Francisco Escudero y López Portillo

Oración fúnebre pronunciada en el Teatro Degollado de Guadalajara la noche del 20 de enero de 1894 en honor a la memoria del señor Lic. don Ignacio L. Vallarta, por el Lic. Francisco Escudero y López Portillo, Profesor de Derecho Mercantil, Penal y Minero en la Escuela de Jurisprudencia del Estado de Jalisco. Guadalajara.—Imprenta de José Cabrera.—1894.

Señores:

¿Dónde encontraré los pensamientos con que debo apreciar la magnitud de la desgracia que aflige a esta sociedad?

Mi corazón se estremece solicitado por la pena de, con frases descoloridas, insultar vuestro dolor y el mío. Porque el señor Vallarta fue mi respetable amigo; porque no obstante la distancia de años que nos separaba y sobre todo la inmensa de celebridad, me distinguió con su afecto y alentó mis primeros pasos literarios con esperanzas tan amables cuanto él fue grande y para mí tan queridas como los labios que las vertieron en mis oídos.

Pero es preciso desflorar mi gratitud haciéndola pública; evaporar su perfume exponiendo el vaso que la contiene: quizá cumplo así mejor con mi deber testificando con vosotros mi pesadumbre.

¡Qué hambrientas las fauces de la muerte; qué insaciables las vastas necrópolis; cómo devoran los mejores ornamentos de los pueblos!... ¡Oh eterna Naturaleza! con cuán inflexible rigor ejecutas tus leyes; impasible, el mismo día en que cortas la mejor existencia, das vida a cien seres que alegran la tierra con sus primeras sonrisas, y a una aurora saludada en los bosques por alados cantores y en los hogares con esperanzadas plegarias. ¡Siembras la desolación al lado del placer; la muerte junto a la vida ¡oh aborrecible Naturaleza! pero tus victorias son polvo, son nada; recibes los despojos, la materia del hombre; su inteligencia creadora, su fecundo amor, no los cautivarás jamás, no te pertenecen; ¡son aquí de nuestros corazones, allá del reino de los inmortales!

Hace aún muy pocos días estreché la mano del señor Vallarta; aún están sus palabras calientes en mi memoria, cuando envidiaba la dicha que yo en breve tuve de pisar este suelo que nos vio nacer; qué de anhelos progresistas le oí para Jalisco; cómo el maestro caldeó sus sentimientos al calor de su suelo natal; con qué honorífico orgullo aludió a nuestra tachada cualidad de magnificar todo lo nuestro y con acentos de verdad, que nunca olvidaré, me confesó sentir acordado su corazón con todos los corazones jaliscienses.

Lo vi por la postrera vez y lo vi tan fuerte, tan entero en el esplendor de su genio, que nunca imaginé estuviere al borde la tumba que ya podían escucharse los ecos despertados por los clavos de su ataúd. ¡La muerte debió caer de hinojos ante aquella augusta inteligencia!

El polvo alzado por la catástrofe hiere nuestros ojos: un cadáver, un preclaro recuerdo y un inmenso dolor, son el fantasma, lívido de sombra de muerte y radiante de luz de gloria, proyectado sobre nuestras ofuscadas pupilas!

Y cuán merecido es nuestro dolor; nunca con más razón sentido que cuando un pueblo, absorto en la re-friega de la vida, ve caer a su experto caudillo y contempla hundirse su grandeza, desgarrarse su poderío, convertirse su pujanza en estatua de sal como la mujer de Lot...

No es Jalisco el territorio únicamente; no son sus campos y sus montañas lo que más amamos y lo que nos hizo grandes... Lo que hizo respetable a Jalisco fue su raza; fue aquella pléyade de hombres ilustres que ocuparon los más avanzados lugares en las batallas científicas y en las luchas armadas de la República, con la frente alzada a los más bellos ideales, en la diestra la espada del siglo vengadora y terrible, en la siniestra las

instituciones que conquistaron; que pasean sus venerables sombras por nuestros horizontes con la tranquila, con la altiva, con la noble distinción de las figuras clásicas esculpidas en la historia en relieves eternos.

Murió Vallarta, uno de los últimos de aquella pléyade y Jalisco no lo cree, no puede creerlo. ¿Es que hombres así deben también morir? ¿Debió rendir su magno tributo, como el último de los ciudadanos, el que fue constituyente, gobernador, ministro de Relaciones Exteriores, presidente de la Suprema Corte de Justicia y autor de los famosos *Votos* que fijaron la interpretación de los textos constitucionales, esfinges antes mudas, jeroglíficos indescifrables; de esos *votos*, sólida base de nuestra ciencia constitucional y poderosos obreros de la paz de que disfruta la nación?

¿Debió morir el apóstol de nuestras verdaderas libertades, de las que disfruta el hombre como ser civilizado; menos aparatosas; pero más necesarias, si cabe, que las políticas? De esas libertades que garantizan el desarrollo armónico del ciudadano; creación democrática, moral, humanitaria y moderna, que reina en su casa, ejerce soberanía en su vida privada y sabe oponer su altiva individualidad a las arbitrariedades de la tiranía: eterna falseadora de los inefables principios sobre los que descansa la grandeza de las naciones.

¿Debió paralizarse la inteligencia que encauzó el "Juicio de Amparo", esa hermosa ley que corona nuestras instituciones, haciéndolas efectivas y que, desposeída, merced a los profundos estudios y a la inquebrantable energía del gran reformador de nuestro poder judicial supremo, del peligroso alcance político, que en horas de lucha se le quiso dar desnaturalizándola, es hoy, en su género, el más firme escudo de las garantías individuales que se conoce en el mundo civilizado?

Pero dejemos a los demás mexicanos hacer la apología del sabio jurisconsulto, del egregio hombre de Estado; ellos tendrán a su cargo la gratísima tarea de medir y pesar los méritos de esa brillante gloria nacional extinta; a nosotros, los jaliscienses, nos está vedado; nosotros, los de su familia, debemos tomar nuestro lugar; somos los dolientes y no tenemos derecho más que a lamentar una y cien veces esa irreparable pérdida.

Abismado en su dolor mi atribulado espíritu es presa de asombrosa alucinación: delante de mí está el cadáver frío y pálido; la máquina de aquella vida, rota; aquella mirada de águila apagada; aquella frente pensadora abatida... y cirniéndose en la fúnebre alcoba todo un pasado grandioso, toda una soberbia carrera, todo un monumento de ciencia y de patriotismo. El hombre muerto allí está: la tierra reclama sus despojos; pero su frente apolínea ciñe laureles aún frescos y la gloria, esa fugitiva y veleidosa sombra de otra sombra, con las alas extendidas y el índice en los labios, vela el inmortal sueño del grande hombre muerto...

Ese helado cadáver, esa flotante historia, esa visión pensativa y resignada, evocan en mí solemnes pensamientos que me revelan un mundo de maravillosas comparaciones... personificada encuentro otra historia, sintetizado veo otro cuadro; historia más complicada, cuadro más amplio. Es la historia de Jalisco, son los destinos de mi Estado natal los que personifico en el hombre que yerto miro ante mí con singular clarividencia: Jalisco, a semejanza del señor Vallarta, tuvo una juventud borrascosa y apasionada, tuvo una edad batalladora en que luchó por la libertad, por la igualdad ante la ley y por la democracia; gastó sus recursos y prodigó su sangre; Guadalajara fue el mayor centro, tal vez, en el país, en que, como en gigantesco crisol, hirvieron los más fogosos planes y los más encumbrados ideales; y así como el señor Vallarta ascendió a elevadísimos puestos de las administraciones local y nacional, Jalisco logró, sobre todas las entidades federativas, basar su hegemonía, poniendo en la balanza de los destinos nacionales el respetado peso de su influencia, de su valía, de su poder; y así como el señor Vallarta produjo obras famosas que excelsan su memoria, Jalisco produjo hombres ilustres en todas las manifestaciones de la cultura humana. Y finalmente, así como el señor Vallarta se retiró a la vida privada para la ganancia laboriosa del pan con que alimentaba a su familia y el reposado desenvolvimiento de sus facultades, Jalisco, hoy en calma, desarrolla sus recursos, abre tierras primerizas a la agricultura; sus puertas a la industria y sus planteles de instrucción a la juventud...

Para el señor Vallarta la historia nacional guardará un honroso capítulo; para Jalisco, cuando los siglos lo borren del mapa del mundo, que todo muere, hasta los pueblos, la historia universal reservará también envidiables páginas.

El señor Vallarta, soñador eterno de lo justo, laborioso trabajador de la libertad, ¡qué personificación tan hermosa presenta de nuestro Estado!

En estos tiempos modernos en que la voluntad humana debilitada, muestra tantos acabados modelos de desequilibrio mental y tan variado número de neuróticos, es satisfactorio encontrar severas figuras, abnegados estadistas, que no retroceden ante la torpe gritería de los estultos, ni los implacables mordiscos de la calumnia, ni las tentaciones de la ambición y cumplen su deber y son mártires ignorados de su conciencia, recordando, según la acertada comparación de un escritor, los moldes antiguos, las nunca gastadas personalidades de aquellos célebres jurisconsultos romanos, que elevaron la Jurisprudencia a la altura de la Filosofía, la hicieron ciencia universal y la practicaron con el recogimiento, probidad y mística unción con que el druida cortaba el muérdago sagrado y lo ofrecía a la callada muchedumbre. Caracteres acabados, bien perfilados, siempre iguales; incapaces con Papiniano de exculpar un fratricidio y con Cicerón de incensar un tirano; sabios en la Academia, tribunos en el Foro, sacerdotes en el templo de la Justicia y filántropos y ensoñadores en los libros y en las leyes. Qué orgullo siento de haber nacido en el suelo donde uno de esos hombres vio la primera luz! ¡Cómo me palpita el corazón a impulsos de mi vanidad, al amar lo que él amó, al mirar lo que él vio, al respirar el aire que alimentó sus pulmones! ¡Y lo tuvimos entre nosotros, y pudimos hablarle, a él que encadenó la fama a sus obras, que llegó a las naciones civilizadas y les dijo: estos conocimientos que admiráis los adquirí en la Universidad de mi patria, esta inteligencia que os deslumbra la amasaron el sol y el suelo de Jalisco; ese pueblo niño que despierta apenas a la vida internacional y que surge de la sombra de los siglos como Minerva, armado y en pie, y que tiene derecho de participar con vosotras de los aplausos de la cultura!

¡Oh Vallarta! En nombre de la juventud, de la generación que sigue las pisadas de la tuya, te bendigo; bendigo en ti una gloria inmortal de mi pueblo y una vida ejemplar que fortalecerá nuestra carrera! Los antiguos egipcios, antes de depositar en los subterráneos de sus pirámides las momias de sus reyes, los juzgaban; al digno le concedían lecho eterno honroso y al indigno se lo negaban; las generaciones humanas hacen y han hecho siempre lo mismo con las personalidades de las que les antecedieron: la manifestación de dolor que presencio es elocuente testimonio del fallo dictado por esta generación sobre la vida del jurisconsulto muerto; del invicto gladiador herido en la maravillosa plenitud de su poder...

Esta velada, señores, es el último eco de la vida terrena del señor Vallarta; mañana su nombre, ya lejano de nosotros, pasará a irradiar como astro de primera magnitud en la constelación de nuestros grandes hombres: ved las olas humanas cómo se precipitan para llenar un lugar, que pese a sus esfuerzos, quedará inmortalmente vacío; ved ya a la multitud, un momento suspensa, seguir su vida de placeres y dolores, indiferente a las veces, o angustiada o gozosa: tal es el mundo; tal como es debe tomarse. Hoy asistimos a los funerales literarios del grande hombre con este imponente homenaje de un pueblo agradecido a quien lo enalteció; mis palabras son la primera paletada de tierra, el sordo rumor que producen anuncia el final de la escena.

La gloria mundana se desvaneció para el sabio; los honores y los aplausos no lo conmoverán en su féretro...

¿Triunfaste ¡oh! Naturaleza? ¡No! Que el poder de nuestras lágrimas agitará su principio vital, y que yo te desafío, yo que con las mías sabré probarte que para los grandes dolores tengo lágrimas eternas!

Francisco Escudero y López Portillo